

Perdido ©

Oswaldo Fernandez



Capítulo 1

Perdido ©

A pesar del tiempo que llevaba experimentando la misma condición, y sin esperanza aparente de cambio alguno, no se resignaba a lo que a todas luces parecía inevitable. No podía acostumbrarse a la idea de que era un fantasma.

"¿Por qué me sucede esto?" se preguntaba

"Hasta donde recuerdo, fui a la iglesia con cierta regularidad, confesaba mis pecados (aunque no mis desaciertos), tomé decisiones afortunadas y menos afortunadas, perdoné cuando pensé que debía hacerlo y evité buscar venganza donde otros hubiesen considerado correcto el hacerlo. Traté de ser justo, dentro de la medida de lo posible, y no me ufano de haberlo sido siempre, porque sé que no lo fui. Amé a veces con locura, pero sin olvidar la ternura que debe estar presente en el amor, buscando descubrir lo bueno en la mujer que amaba y tratando de obviar sus defectos evidentes. Lastimé algunos corazones de quienes me profesaron su amor, y pagué con creces esos pecados. Obsequié a mis semejantes y al más necesitado lo que creí debía o podía darle en su momento. Trabajé duro a lo largo de toda mi vida de mortal, pensando que el trabajo era un acto de nobleza y formaba el carácter. Al final de mis días esperé la recompensa de un descanso en el cielo". Allí era el punto en donde se detenía. Un descanso en el cielo era lo que había esperado. En cambio, le habían otorgado una estancia eterna, alejado de la añorada promesa celestial, confinado al mundo incierto de los fantasmas, en donde las ánimas deambulan presas de la incertidumbre, cuestionándose si su destino es el regresar al mundo de los mortales o el descansar finalmente en el reino de los cielos.

Sabía que la existencia de los fantasmas se atribuía comúnmente a que las almas convertidas en apariciones errantes tenían algún asunto pendiente en el mundo de los mortales. Pero por más que se esforzaba en identificar qué cosas pudo haber dejado incompletas, no lograba identificarlas.

La vida de un fantasma, si es que a aquello se le podía llamar así, era por demás diferente a como él la había imaginado, o cómo los novelistas la habían descrito. Por ejemplo, no era cierto que a los fantasmas les causaba placer el asustar a los vivos. Lo cierto es que la transición a una existencia espectral significaba el tener que andar en el mundo físico como si se necesitaran gafas todo el tiempo. Era evidente que en ocasiones podía vislumbrar algunas cosas y objetos en el mundo de los mortales, pero la mayor parte del tiempo las percibía como visiones, de formas nebulosas, que no podía distinguir con precisión. Se imaginaba que así

vería su entorno una persona que sufriera de astigmatismo, y sin el beneficio de unos lentes para corregir el problema. Aprendió que, como parte de las capacidades conferidas a su condición, en ocasiones, era capaz de mover objetos que se encontraban en el mundo terrenal. Recordaba cómo casi estuvo a punto de causarle un infarto a una señora que habitaba en la misma casa en donde él se encontraba explorando sus facultades. En esa ocasión, parte de lo que era su esencia fantasmal se materializó por un instante, y debido a que veía todo borroso, tropezó con una silla derribándola. Como era de esperarse, la señora también cayó al suelo, desmayada, y faltó poco para que cambiara de morada física a la espiritual.

Además de las dificultades al desplazarse colisionando frecuentemente con objetos del mundo físico, tenía que lidiar con la soledad. Deducía por lógica que tenía que haber otros que, como él, padecían del mismo percance de una existencia fantasmal sin el permiso para ascender al paraíso prometido, pero no había tenido la fortuna de encontrarse con otro espectro que compartiera una suerte similar a la suya. Pacientemente pasaba sus días entre esperar la decisión divina de concederle entrada a la gloria celestial, y lo que se había convertido en un pasatiempo banal, tratando de adivinar cuales eran los objetos que veía desde aquel mundo difuso que habitaba, mientras continuaba acostumbrándose a una existencia pendular entre luz y penumbra.

En ciertas ocasiones el mundo físico se mostraba con mayor claridad. Por alguna razón desconocida para él, algunos mortales o médiums poseían la capacidad de descubrir el velo que ocultaba el mundo material del fantasmal. Cuando el médium conjuraba los espíritus podía escuchar con bastante claridad la voz de la persona invocando las ánimas, e incluso podía distinguir con precisión los rasgos de su rostro, el de otras personas presentes en el lugar, así como también podía reconocer con detalle los objetos que se encontraban en la habitación. En esas ocasiones el fenómeno se iniciaba con la aparición de una luz brillante que de cierta forma anunciaba la inminente aparición de las imágenes. Curiosamente, esto también ocurría con frecuencia cuando moría una mascota, la cual hacía su aparición momentánea para luego desvanecerse. Al principio le causó sorpresa, pero fue acostumbrándose a los fenómenos, los cuales sucedían con cierta periodicidad.

Nunca respondió a los pedidos de médiums a iniciar una plática. Se limitaba a observar con curiosidad el mobiliario de las habitaciones desde donde escuchaba los llamados de invocación a los espíritus, y buscaba identificar algún rostro familiar. Esto último sin mucha suerte, pues nunca pudo distinguir el rostro de un familiar o amigo. Le molestaba acudir a los llamados de los médiums, cuando él no tenía relación alguna con los que le invocaban. Si hubiese sido por él, hubiese obviado todas esas convocatorias y citas innecesarias. Al instante en que sucedía una, él se veía obligado, por alguna razón divina que no le fue explicada, a aceptar

la invocación, sin derecho a rehusarse. Tenía entonces que trasladarse forzosamente hasta el lugar donde se producía la conjuración. Cumplía con lo que parecía ser su deber de fantasma, pero no tomaba la iniciativa. Esto parecía no tener ninguna consecuencia, pues nunca escuchó una reprimenda divina u observó alguna intervención angelical que le indicara lo que se suponía tenía que hacer, lo que era incorrecto o cuáles eran sus obligaciones.

Imaginó que desde la perspectiva de los mortales el mundo etéreo luciría bastante rutinario, y de cierta forma aburrido. Al menos esa era una de sus conclusiones a la que había arribado.

Justamente se encontraba tratando de adivinar si el contorno difuso que estaba observando era parte de una persona o una mecedora, cuando en ese preciso momento empezó a ocurrir el fenómeno de la luz de aparición impredecible.

"Y ahora qué", se dijo, "¿mascota o médium?". Notó que la luz tomaba más tiempo de lo acostumbrado en revelar lo que ocurriría, por lo que intuyó que algo diferente estaba sucediendo, algo desconocido para él. En efecto, en lugar de una mascota o algún médium, lo que se empezaba a perfilar esta vez era un contorno femenino. La luz se hizo más intensa para luego desvanecerse por completo. El fantasma no pudo salir de su asombro.

¡ROSARIO! —exclamó

¡JULIÁN! ¡finalmente te encuentro! — le respondió Rosario, quien en vida había sido su esposa, y ahora había surgido claramente desde la luz.

¿¡Pero, como es posible que te encuentres aquí!? — preguntó Julián sorprendido.

No recuerdas nada por lo visto —respondió Rosario con una sonrisa

— ¿A qué te refieres?

—Tuvimos un accidente. Tú ibas conduciendo el vehículo. Perekimos los dos. Nada pudiste hacer para evitarlo, pero quedaste con la idea de que tenías la culpa de mi muerte. Por eso, cuando nos llamaron a los dos para ascender, la pena que te embargó minutos antes de tu deceso ensombreció tu camino y te extraviaste. Has estado perdido. Llevo mucho tiempo buscándote. Ahora ven conmigo, no nos separaremos más.

Julián no sabía que los fantasmas podían asombrarse y alegrarse, hasta ese día.